

El trasiego humano por las fronteras ampurdanesas

Por las dos fronteras empordanesas transitan a diario o casi a diario unos individuos que quitan el sueño a nuestros buenos amigos los franceses. Se trata de los que ellos llaman "clandestinos", aplicando tal denominación a los argelinos y marroquíes que pretenden entrar en Francia sin pasar por las aduanas.

Problemática aventura

Los "clandestinos" son gentes pacíficas que no vacilan en probar una y otra vez la suerte, aunque últimamente la gendarmería ha controlado de tal forma los habituales pasos fronterizos que resulta muy problemático que tengan éxito.

En Francia tienen una ley que prohíbe a los argelinos y marroquíes afincarse en el país, e incluso entrar en plan de turistas, si no demuestran fehacientemente que disponen de una suma equivalente a unas 25 mil pesetas. Y para residir de forma continuada es preciso que exhiban, al cruzar la frontera, un contrato laboral.

La mayor parte de los "clandestinos" no disponen ni de los francos ni de la carta laboral, pero como saben que en Francia pueden encontrar trabajo, pues no les importa emplearse bajo unas condiciones misérrimas que, por otra parte, siempre son mejores que las que disfrutan en sus respectivos países, no vacilan en emprender siempre la problemática aventura de intentar el pase.

Cómo "colarse"

Varios son los procedimientos o sistemas empleados. Unos se reúnen en grupo en determinado bar de Barcelona y toman un guía, que generalmente es otro argelino. Este guía suele cobrar de siete a doce mil pesetas, según los casos, y se compromete a conducirlos hasta dentro de territorio galo, siendo las sendas más seguidas las que cruzan por el Coll d'els Balitres, en Portbou, Requesens o Pic de las Salines. El desplazamiento lo realizan en tren hasta Figueres o Portbou y luego, de noche, siguen por el monte.

Otro procedimiento, más caro, pero también más seguro, consiste en utilizar dos autos. Uno que sale de Barcelona hasta la misma frontera, ya sea La Jonquera ya sea Portbou. Descienden los "clandestinos" y, cuando es de noche, cruzan la frontera con un guía, que les conducirá hasta un lugar de la carretera de El Voló o de Portvendres, en donde les aguarda otro coche con matrícula francesa en el que suben y viajan



hasta Perpinyà o a lo sumo hasta Narbona, para luego, separarse del guía y desintegrarse el grupo y marchar cada uno por su lado. Este servicio cuesta unas 20 mil pesetas y durante mucho tiempo fue el más seguro hasta que los gendarmes se dieron cuenta de la maniobra.

Los más pobres, los que no tienen con que pagar al guía, utilizan el tren y se bajan en la estación de Portbou. Algunos intentan pasar por el túnel y otros por la montaña. La suerte les es por lo general esquiva, dado que no siendo conocedores del terreno que pisan caen indefectiblemente

en manos de los gendarmes o, a veces, de la misma Guardia Civil.

Triste sino

¿Qué les sucede a los "clandestinos" cuando son habidos? La cosa no deja de ser paradójica. Los franceses se limitan a cogerlos, tenerlos un par de días en alguna de las cárceles de los pueblos o en la de Perpinyà y seguidamente los ponen de patitas otra vez en la frontera. Aquí son recogidos por la Guardia Civil que también los pone a disposición judicial, y tras una corta estancia en la cárcel de Figueres o de Girona son puestos en libertad, regresando a

Barcelona. ¿Y qué hacen en Barcelona? Unos organizan inmediatamente otra tentativa y otros prefieren buscar trabajo. De todas formas, el sino de estos norteafricanos no es nada lisonjero. Repudiados por Francia, huidos de su patria, tienen que buscar cobijo en España. En las obras de construcción de las autopistas había un considerable contingente de obreros africanos. Dicen los empresarios que son gente por lo general buena y trabajadora. El problema está en que cada vez escasea más el trabajo.